

un pobre diablo aparecer tímidamente á la portezuela del vagón en que me encontraba, le animaba con gusto por medio de una plácida sonrisa. Tranquilizado por mi benevolencia, se instalaba y adoptaba en seguida aires de importancia. A fin de darme una alta idea de su situación social, extendía sus pies sobre las banquetas á la altura de su cabeza, encendía un enorme cigarro, escupía en el techo y sobre los cristales del coche, interrumpiéndose sólo para dirigirme las preguntas más ridículas, sobre mi situación social, mis recursos, mis gastos., etc., y acababa por hacer el departamento enteramente inhabitable. En una de las siguientes estaciones, si un inglés subía al departamento, el babu se estremecía y se mantenía quieto, sabiendo bien lo que le esperaba. El recién llegado, en efecto, no tardaba en cogerle por una oreja y ponerle fuera del vagón con un *Turn out* (¡largo de aquí!), que el indígena no se hacía repetir dos veces.

No es difícil hacerse obedecer de los babus, pues son nerviosos y miedosos como gatos, única semejanza, por lo demás, que tienen con esos elegantes animales. Han tenido poco menos que renunciar á servirse de ellos como fogoneros ó mecánicos y hasta como conductores de los trenes de viajeros. A la menor alarma saltaban de la locomotora y corrían á través de los campos. Si ocurre un accidente en una línea férrea, es seguro encontrar mucho tiempo después á los babus de las estaciones vecinas encaramados en los árboles, escondidos en hoyos ó puestos los unos sobre los otros en los retretes, lanzando al unísono gemidos desesperados.

Tales son los resultados de la educación europea aplicada á un pueblo demasiado joven para recibirla; y puede aún apreciarse su valor comparando los babus á los panditas, es decir, á los indígenas educados en escuelas exclusivamente indas. Son estos últimos hombres graves, instruídos, muy estimables, de los que muchos serían dignos de figurar en nuestras grandes asambleas europeas y cuya actitud, llena de dignidad, no tiene parecido con la actitud á la vez insolente y rastrera del miserable babu.

Despreciando y todo profundamente al babu, la administración inglesa se ve obligada á servirse de él, pues ningún europeo trabajaría por el mismo precio. Le soporta como un mal necesario, conociendo perfectamente que tiene en él un irreductible enemigo.

Es chocante ver hasta qué punto la educación europea transforma fácilmente en enemigos feroces de sus amos á indos inofensivos. Puede juzgarse del grado á que se eleva este odio por los innumerables artículos que publican los periodiquitos indígenas. Naturalmente, sospechoso el juicio de un extranjero sobre este punto é insuficientes las citas en que podría apoyar el precedente aserto sin la condición de ser extremadamente numerosas, prefiero citar al profesor Monier Williams, cuyos juicios sobre la India están reconocidos como muy exactos por sus compatriotas. Véase cómo se expresa sobre este punto en la tercera edición de su libro *Modern India*:

«Tengo el sentimiento de decir que mis viajes á la India me han probado que existe entre los ingleses y los indos un abismo que desde la insurrección de los cipayos se hace de día en día más infranqueable. En el Sur de la India este abismo es más profundo aún.»



Timur ó Tamerlán, según una miniatura de la Biblioteca Bodleyana, existente en el Museo Británico.

Hace notar el autor que los indos instruídos aplican á los europeos una expresión análoga á la de bárbaros; pero este término, añade, no basta á expresar el grado de odio que los letrados sienten hacia los amos de la India. «He observado, dice, que el desprecio por nosotros y nuestra civilización, á pesar de nuestros telégrafos y de nuestros caminos de hierro, es tan grande como el menosprecio de sus antepasados hacia los salvajes primitivos. Todos están persuadidos de que poseen sobre nosotros una gran superioridad moral, religiosa y hasta intelectual.»

Véase ahora cómo se expresa sobre este punto uno de los antiguos gobernadores de la India, sir Alfredo Lyall, en su libro *Estudios sobre las costumbres religiosas y sociales del Extremo-Oriente*:

«Lo que caracteriza la situación presente en la India es que diseminamos las ideas abstractas del derecho político y el germen de las instituciones representativas en el seno de un pueblo que durante siglos ha sido gobernado por amos irresponsables y en un país donde las libertades locales y los hábitos de autonomía han sido durante largo tiempo obliterados ó no han existido jamás. Al mismo tiempo sembramos al aire la educación moderna sobre un suelo en que la ciencia jamás ha pasado de lo que era en Europa en la Edad media.

»Es además evidente que los filósofos políticos, tales como los economistas franceses y los dos Mills en Inglaterra, han tenido demasiada fe en la educación, creyendo que obraba como sedativo en las horas de efervescencia social y de cambios rápidos, ó que impediría al pueblo emplear mal poderes y funciones políticas á que no está aún acostumbrado. Al contrario, la instrucción pública, aplicada ampliamente y con imprevisión, obra como un excitante violento sobre ciertas clases y disuelve rápidamente el antiguo orden social. No puede menos de producir efectos análogos en la India, donde el Estado proporciona la instrucción pública casi únicamente por la mediación de maestros extranjeros, cuya función es la de extender las últimas conclusiones de la ciencia y de la política en un pueblo cuyos hábi-

tos y cultura anterior no le han preparado de ningún modo á recibirlas, é introducir una educación estrictamente secular en un país donde, desde tiempo inmemorial, toda enseñanza tiene su base en la religión.»

No es sólo en la India donde el prejuicio que hace de la educación universitaria una panacea universal y un criterio del valor de los hombres ha sido funesto. No es Asia únicamente la que ha creado la perniciosa familia de los sin clase. Bajo otros nombres el babu florece también en Europa. En Occidente como en Oriente ha resultado el enemigo de la sociedad que lo ha creado, el adepto natural de las formas más peligrosas del socialismo y del anarquismo.

Pero no tengo por qué ocuparme aquí sino de la India y no quiero extenderme sobre un asunto de que largamente me he ocupado en otra obra (1).

Lo que contribuye á aumentar el peligro de la clase de los babus de la India es su pretensión, estimulada por muchos filántropos de Inglaterra, de ser admitidos á las más altas funciones del gobierno de la península por el hecho solo de que hayan sufrido exámenes. En este supuesto, esos exámenes, que no constituyen sino ejercicios de memoria, no pueden naturalmente versar sobre las cualidades de carácter de que los babus están totalmente desprovistos. «Cuando, dice acertadamente Strachey, consintamos en poner en sus manos las grandes funciones ejecutivas, será eso para nuestro imperio el principio del fin. Caería bien pronto la India en una sangrienta anarquía.»

Nada más cierto, y el mismo autor da la razón en el párrafo siguiente, donde demuestra muy bien que los concursos no son admisibles sino entre individuos de la misma raza, poseyendo esta raza ciertas cualidades hereditarias de carácter.

«Todos esos concursos, en lo que tienen de más importante, no son los mismos jóvenes ingleses quienes los sufren, sino sus antepasados quienes los sufren por ellos. Son sus ascendientes, tenemos el derecho de decirlo, quienes les han transmitido no

(1) *Psicología del socialismo*, segunda edición, 1899.

solamente su energía física, sino también su independencia y su solidez de juicio, su decisión de carácter, su hábito de pensar y el conjunto de esas cualidades que son indispensables para gobernar los hombres, para realizar los múltiples deberes de la vida civilizada, y que nos han conquistado nuestro imperio. Los ingleses comienzan la vida con un «fondo comercial» que no es el mismo que el de los indos.»

Son estas razones poco conformes seguramente con nuestras ideas modernas de igualdad. Basta que sean conformes á las leyes de la naturaleza. Contra tales leyes pesan en verdad bien poco los quiméricos sueños de los politicastro.

La expansión adquirida por la clase de los babus se debe sobre todo á uno de los últimos virreyes que han gobernado la India.

Cristiano convencido, figurándose que todos los hombres son hermanos y nacen iguales por los derechos como por la inteligencia, no habiendo por otra parte jamás comprendido á los orientales y razonando como habría podido hacerlo un latino, que prefiere perder una colonia á renunciar á un principio, este ex virrey favoreció especialmente á los babus, imaginándose que haría de ellos europeos. El peor enemigo de Inglaterra, puesto en el trono de la India, no habría proporcionado á la metrópoli un mayor perjuicio. Esos indos, instruidos de sus privilegios teóricos, llenan hoy la prensa indígena de ardientes ataques y de incesantes quejas. Que alcance Rusia á las fronteras de la India y consiga cualquier ventaja, y el babu se encargará de organizar en su favor un levantamiento de la población. Soliviantado contra el poder inglés, es el oscuro gusano que roe los pies del coloso.

Nos hemos extendido algo sobre los resultados de la educación inglesa de la India porque no hay en la historia ejemplo que pueda enseñar tan claramente el peligro de dar á un pueblo una educación mal adaptada á su constitución mental. La educación europea aplicada al indo ofrece por todo efecto la destrucción de los resultados de su larga cultura anterior y el de crearle

necesidades que no sentía, sin proporcionarle el medio de satisfacerlas, y por lo tanto el de hacerle del todo miserable, y más aún el de transformarle en enemigo implacable de los que le han dado esa funesta educación. El pobre babu sufre las consecuencias de su falsa situación y se queja amargamente. Los sucesos se encargarán sin duda de vengarle mejor que sus vanas palabras. El poder que ha creado el babu perecerá acaso por el babu.

3.º — EL PORVENIR MILITAR DE LA INDIA

El porvenir de la India no es sólo, como veremos pronto, el porvenir de la pujanza inglesa en la península. El problema es más vasto. Implica el estudio de las consecuencias de la lucha que se prepara ahora entre dos mundos separados por un abismo, el Occidente y el Oriente. Antes de entrar en esta cuestión en su generalidad, debemos decir algunas palabras del porvenir posible de la dominación inglesa en la India.

El lector al corriente del estado actual de la India debe estar bien persuadido de que el pueblo indo no tiene la menor probabilidad de pertenecerse jamás y que su destino es el de vivir siempre dominado por conquistadores extranjeros.

La India no puede tampoco formar una sola nación, como no podría formarla Europa. Los pueblos que la habitan pertenecen á razas muy distintas, hablan lenguas demasiado diferentes y tienen intereses demasiado contrarios para poder jamás reunir sus esfuerzos contra una dominación extranjera.

¿Continuará aún mucho tiempo bajo la dominación de sus actuales dueños? No parece muy probable. Rusia no cesa de avanzar hacia la India y va á encontrarse muy pronto á sus puertas. El paso de Kabul, ya franqueado por tantos conquistadores, lo será sin duda de nuevo.

La fuerza militar de Inglaterra en la India es seguramente muy respetable, puesto que gracias á los caminos de hierro puede reunir rápidamente todo su ejército en un solo punto; pero